

## **Théroigne de Méricourt**

*Tan atractiva como incauta, Théroigne de Méricourt, hija de campesinos ricos de Liège, educada en el respeto estricto de la moral cristiana por las monjas teresianas, fue seducida a la edad de diecisiete años y desaprensivamente abandonada después por un aristócrata feudal del Brabante.*

*La consecuente humillación de su familia la llevó a Inglaterra, donde logró la protección de varios caballeros londinenses, todos adinerados. Tras educarla y rebautizarla Lambertine, sus protectores hicieron de ella una diosa erótica en salones libertinos de Mayfair y Kensington.*

*Al tiempo regresó a Francia en compañía del duque János Lobachévski, en cuyas respectivas edades diferían tres décadas. Tenían también criterios antípodas sobre el uso, cauteloso o pródigo, de los patrimonios polacos familiares. Triunfó el primero de ellos y en París, fines de 1788, Théroigne reemplazó al duque eslavo por un aristócrata local, Honoré Riquetti conde de Mirabeau, un precursor, en los Estados Generales (1789), de la Revolución francesa. A su muerte (natural), la fogosa Lambertine fue sucesivamente (y, en dos casos, simultáneamente) amante de Sieyés, André Chénier, Danton, Brissot y Camille Desmoulins. Bajo esas influencias, distintos fuegos ideológicos se propagaron a otras áreas más combustibles de su personalidad. De cortesana de los*

*poderosos pasó a hetaira libre de los desposeídos más exaltados.*

*Con una toga roja suelta que no ocultaba sus pechos, un sable y dos pistolas en la cintura, desde el comienzo de la Revolución ejerció la violencia entre los desafortunados, fue primera en el asalto de la Bastilla, furiosa capitana de las furias en las jornadas de octubre, depredadora de las Tullerías; a su lado marchaban ocasionalmente el verdugo Jourdan, el sanguinario comerciante de vinos Brierre, el impulsivo orfebre Rossignol o el jacobino polaco Kauski. En circunstancias exaltadas, un simple gesto suyo determinaba la salvación o la muerte de cualquier prisionero.*

*En uno de esos episodios, un azar vengativo le concedió tropezar en el París sans-culotte con el aristócrata del Brabant que la había deshonrado. El se arrojó a sus pies, implorando clemencia.*

*“¿Qué precio ofreces pagar por semejante deuda?”, preguntó la belle liégeoise. “Mi honor mancillado, la maldición de mi familia, el exilio de la patria y el desprestigio de mi nombre los pagarás con tu vida.” El aristócrata fue ejecutado.*

*Cuando cayeron los girondinos, la belle liégeoise se opuso a los extremistas para evitar que la Revolución entrara en una etapa más sanguinaria. Eso la enfrentó con su cohorte de mujeres despiadadas hasta que las llamadas Furias de la Guillotina la desnudaron y azotaron públicamente en los jardines de las Tullerías.*

*De esa humillación nunca pudo recuperarse. Abandonó su existencia callejera escapando de París, perdiéndose en el anonimato incurrente de las provincias.*

*Allí, según Claphons, sobrevivió semidesnuda por más de veinte años, negándose a vestir las ropas que las Furias contrincantes le habían arrancado frente a sus partidarios.*

Alphonse de Lamartine, *Histoire des Girondins*, París 1865, Libro XVI, cap. 11.

PARTE PRIMERA  
Maubeuge

Su cuerpo, demasiado robusto, escapará a la menor ocasión.  
Solo por el alma es que podrás mantenerlo cautivo.

Gernhardt Rosegger  
*Zeitgedichte, 1893*

En un punto, la berlina se detuvo con mucho crujido de maderas, metales rechinantes y resoplidos de los dos caballos uncidos a los arreos. “¡Maubeuge!”, gritó el cochero, con énfasis algo excesivo para un mero informe de ubicación geográfica. El condestable Sepp inmediatamente levantó su pistola y apuntó a la cabeza del hombre a quien todos conocían como Derrouelle. Los otros guardianes lo miraron sin ver. Uno de ellos bostezó en forma aparatosa.

“Tranquilo, condestable”, dijo el prisionero. Tenía los brazos libres pero los pies trabados por cadenas. Livianas, pero cadenas.

“Hago lo que me ordenan”, recitó Sepp. Apartó la cortina y miró por la ventanilla.

“De todos modos, ya llegamos”, dijo el prisionero con tono conciliador. “Su misión está cumplida.”

“No todavía. Esta es apenas la *posta* de Maubeuge. Para llegar a la fortaleza aún debemos bajar el faldeo, cruzar toda la villa y trepar la escarpa del lado opuesto.”

Derrouelle suspiró, los ojos cerrados. Llevaban muchas horas de traqueteo en el coche, una berlina que podía resultar espaciosa si los pasajeros no fueran cuatro, en un trayecto tan lleno de desconfianzas recíprocas.

“Desde aquí se la ve”, dijo Sepp. “Fíjese.”

El prisionero se inclinó sobre la ventanilla.

A la luz lechosa de una mañana del segundo otoño pudo ver abajo, hacia la izquierda, un desorden superpuesto de tejas ocres y rojizas, la tortuosa estrechez de unas calles vetustas, las torres negras de una iglesia quemada por los *enragés* septembrinos de Jacques Hébert. Finalmente, oscura, lontana, inescrutable, la abrupta piedra de la fortaleza.

“Bueno, suficiente”, dijo Sepp, corriendo nuevamente las cortinas sin dejar de apuntarle con el arma.

“Ya basta.”

“¡En marcha!”, gritó ahora el cochero trepándose al pescante. Hubo un relincho, otros crujidos y la berlina retomó los zangoloteos del camino.

Veinte minutos más tarde cruzaron el puente que atraviesa el foso oscuro alrededor de la muralla y el coche se detuvo frente al gran portón de la fortaleza.

Apenas bajó del coche, rodeado por sus guardianes, Derrouelle lo observó con recelo. Era imponente, sombrío, reforzado por vástagos de metal con remaches negros que acentuaban su aspecto hermético.

Pero por la seca herrumbre polvorienta de los goznes empotrados en la piedra pudo observar que sus dos pesadas hojas no se abrían desde

hacia muchas décadas. Por ese aceso nadie entraba ni salía del castillo: aunque impresionante, era un mero detalle escenográfico más.

El verdadero acceso estaba en la mitad izquierda del pórtico. Una puerta no muy grande, también robusta pero frágil en comparación, de madera nueva y herrajes bien pulidos. Allí figuraba el nombre siniestro, “Maubeuge”, en una placa de hierro con inconspicuos caracteres de bronce.

Debajo, una aldaba con forma de jabalí crinado.

El condestable la usó para llamar. Cuatro veces.

La respuesta se demoró bastante, los guardianes rodeando al prisionero, uno de ellos con el arma amartillada. Por último se oyeron ruidos de trancas y cerrojos y en la puerta apareció un personaje extraño, de atuendo estafalario.

Llevaba pantalones largos de estameña azulina a la moda *sans culotte*, suecos campesinos de madera, una casaca verde del ejército austriaco, el cuello envuelto en una chalina roja. Nada marcial, ciertamente, y todos lo miraron con desconfianza.

“*Ami du peuple*”, dijo después, voz levemente afónica. Se hizo a un lado para que entrasen, cuadrándose ante el tricornio del condestable, adornado con la escarapela de Jourdan.

“*Egalité*”, contestó Sepp. “Traigo un prisionero del Comité de Salvación Pública, por comisión directa del Director Paul François vicomte de Barrás.” Extendió el brazo y señaló a Derrouelle.

El aspecto de Derrouelle era lastimoso, una

imagen desoladora. Aunque mantenía la expresión serena se lo veía exhausto, sus ropas grises por el polvo del camino y las cadenas en las piernas, ahora también colgando de los brazos.

El afónico de los pelos lo miró por sectores, con detenimiento minucioso.

“*Res sacra miser*”, dijo después, incorporando a su afonía una inflexión solidaria y compasiva.

El prisionero le devolvió la mirada.

“Gracias”, murmuró.

El otro movió varias veces la cabeza con gesto apenas afirmativo casi imperceptible, los párpados bajos.

“¿Qué dijo?”, preguntó el condestable.

“Raros naufragos en este vasto abismo de las pasiones revolucionarias”, tradujo el estafalario de la chaqueta austríaca.

“No escuché su nombre ni qué funciones cumple en la fortaleza”, dijo Sepp. Sacó del bolsillo unos impertinentes de metal y echó al afónico una mirada astigmática.

“Soy Francisco de Bobadilla”, dijo el otro. “Sacerdote español y encargado de atender a quienes llegan al castillo de una manera, ¿cómo decirlo? Inesperada.”

“¿Sacerdote?”, preguntó el condestable, cejas en alto. ¿Habría entendido mal? Un eclesiástico, funcionario en una prisión de alta seguridad de la Francia jacobina, era charada poco admisible. Derrouelle lo miró con interés. La frase sobre

los naufragos en el vasto abismo era una cita de Virgilio solo esperable de alguien vinculado con los jesuitas.

“¿De la orden de Loyola?”, preguntó.

Bobadilla lo miró sin expresión.

“Dejemos eso para otro momento”, dijo.

Estaban todos en un zaguán de paredes rojizas y techo alto, sin otra decoración que un gran escudo cruzado por dos lanzas medievales. Era un sitio desapacible, de esos donde uno prefiere quedarse el menor tiempo posible.

En la duda, Sepp actuó según los reglamentos:

“Condúzcanos, ciudadano, hasta el comandante de la fortaleza”, ordenó con autoridad.

“Por acá”, dijo el estafalario, metiéndose por una especie de túnel o corredor lateral.